

SIGNIFICADO DE LOS IDUS DE MARZO DEL 44 A. C.

Acaba de cumplirse el bimilenario de la muerte de César. Los Idus de Marzo del 44 a. C. marcan uno de los acontecimientos encrucijadas de la historia de Occidente. A estas fechas contra todas las leyes físicas ni la distancia les resta perspectiva ni el transcurso del tiempo les quita actualidad. Al contrario, el tiempo acrecienta su proyección histórica y actualiza su ejemplaridad. Cada uno de esos grandes miliarios del pasado tiene un doble significado y una doble historia. Tienen un sentido que podríamos llamar *arqueológico*, el hecho en sí y en sus naturales consecuencias, y un alcance *ejemplar*, su contenido aleccionador. El valor arqueológico es algo muerto, algo de interés reducido; el valor ejemplar es algo vital, algo siempre aprovechable y siempre nuevo. Correspondientemente a cada uno de esos dos aspectos existe una doble historia: la historia historia o sea la historia como ciencia del pasado, y la historia *magistra vitae* o sea la historia al servicio del presente. La historia arqueológica es la historia muerta, la historia erudita, la de los libros de texto; la historia como ejemplar es la historia perenne, la historia aprovechable. El verdadero estudio de la historia ha de aprovechar constructivamente esos dos elementos: el valor histórico como base y la ejemplaridad como lección. Sólo así el pasado se hace presente y nuestros mayores se convierten en nuestros guías y maestros experimentados. Delante de nosotros se extiende el futuro oscuro e incierto; no tenemos el poder de penetrar sus secretos e iluminar sus tinieblas. Si no queremos por tanto proceder empujados por ciego fatalismo, como los irracionales, o con alegre despreocupa-

ción, como los locos o los niños, no nos queda otro recurso que estudiar seriamente, continuamente el pasado, para sorprender en él los secretos del porvenir. No podemos ser profetas, pero debemos ser historiadores y filósofos de la historia.

La muerte de César ha corrido la suerte de los grandes acontecimientos claves de la historia. Genéticamente ha lanzado a la civilización por nuevas y trascendentales rutas. Su muerte fué en algún sentido como la del ave Fénix, para renacer de sus cenizas con redoblada vida; Bruto y los demás conjurados dieron muerte a Julio César, para poner en su lugar a Augusto y al resto de los Césares. Filosóficamente ha sido, quizá más que ningún otro hecho de la historia, el espejo adonde han ido las diversas generaciones a ver o creer ver retratada la imagen de sus ideales políticos. En épocas de exaltado republicanismo y democracia se ha querido ver en Bruto sobre todo y en los demás conjurados la noble encarnación de la libertad y de la tradición conculcadas, y en su puñal ensangrentado, el símbolo elocuente y el último y desesperado recurso de la libertad encadenada. En épocas por el contrario de predominante monarquismo o de exaltación de la realeza y del genio se ha presentado a César como al caudillo de visión genial que se eleva sobre partidismos y privilegios nobiliarios, para implantar una nueva concepción del Estado y una nueva era en la historia; mientras que sus asesinos eran considerados como unos vulgares atentadores contra los derechos divinos de la personalidad real o como un grupo de republicanos exaltados e ilusos. Pero todos, demócratas o absolutistas convencidos, no han podido menos de rendir un sincero y cálido elogio a la magnánima nobleza y al genio admirable de la víctima, y a la entereza y levantados ideales de los tiranicidas.

Estos prejuicios personales son los que han dificultado siempre el sereno enjuiciamiento de la personalidad y la obra de César. A esto se ha venido a añadir la parcialidad de las fuentes antiguas, enturbiadas las más de ellas por preferencias aristocráticas y republicanas de origen, y por panegirismos imperiales las otras. Y el moderno historiador no sabe cómo desenterrar la verdad histórica de entre la broza de tanta anéc-

dota infamante, tanta intención atribuída, tanto imperialismo y divinización cesáreos.

Ciñéndonos a la muerte de César, nosotros creemos ver claramente en ella un doble trágico *fracaso*, fracaso de dos regímenes políticos y de las personas que los encarnaban: el sangriento fracaso de César y de su concepción de gobierno, y el de los tiranicidas y su ideal republicano.

Empezaremos por lo último. Vamos a hallarnos al punto con un doble fracaso de los Libertadores y sus ideales republicanos; fracaso popular y legal, de hecho y de derecho, en tres momentos históricos tan próximos, que corresponden al primero, al tercero y al sexto día de la muerte de César.

César murió asesinado como un auténtico tirano, y con veintitrés puñaladas, como la medida del odio de sus conciudadanos. Así lo proclamaron triunfalmente sobre el cuerpo caído de César Bruto, Casio y los sesenta conjurados más, alzando como aurora de libertad sus puñales ensangrentados. ¡Ha muerto el tirano! ¡Viva la República! Bruto llamó a voces a Cicerón, como a la más genuina encarnación de la autoridad del Senado y de la libertad de la República, único móvil y única justificación de aquella acción tiranicida.

Pero pocos creyeron en la proclama o pocos al menos tuvieron la valentía de confesarlo. El Senado, testigo atónito del tiranicidio, se dispersó al momento despavorido. Solamente quedó en la Curia el cuerpo de César desplomado y en un charco de sangre a los pies de la estatua de Pompeyo. El estupor y el miedo se extendió por toda Roma; al grito libertador de los tiranicidas no respondió más que el eco opaco y ominoso del silencio de Roma amedrentada. Hasta los Libertadores quedaron desconcertados y como espantados de su propia obra. Nadie quería hacerse eco de sus proclamas libertarias; el Senado no había esperado a escuchar la arenga inflamada de Bruto, y sus voces interrumpidas fueron a perderse en el amplio recinto del Senado vacío. Desesperanzados y confusos los Libertadores se encaminaron al Capitolio, para dar gracias a los dioses y para tomar posiciones también. Más tarde se decidieron a bajar al Foro, para tratar de alzar al Pueblo Romano por la causa de la libertad. Descendieron rodeados de la banda de

gladiadores, clientes y esclavos que habían utilizado como fuerza de protección para el asesinato de César. Bruto y Casio, como pretores, convocaron al pueblo romano a una *contio* en el Foro. Exaltaron con su mejor elocuencia su acción tiranocida y congratularon a Roma por el recobro de su libertad republicana; pero el pueblo respondió con el mismo opresivo silencio con que había acogido la noticia del asesinato de César. Y al Capitolio se volvieron los flamantes Libertadores, desconcertados e indecisos, a esperar acontecimientos. Dicen que hay silencios elocuentes. En ese caso apenas se podrá concebir un elogio más altamente elocuente de César, que este silencio verdaderamente sepulcral que quedó rodeando su cuerpo abandonado en la Curia desierta y que luego se fué extendiendo paralizador y sombrío por Roma en alas de la tremenda noticia del asesinato del dictador.

Los tiranicidas habían desaprovechado ese primer momento del que muchas veces depende la victoria; les había faltado la condición del éxito en todo golpe de mano y en toda revolución, la rapidez y decisión en actuar. A la valentía y audacia del golpe contra César, había sucedido el desconcierto y la desorientación; parece como si ellos mismos se hubiesen visto envueltos y arrastrados por el terror de su propia acción. Pero todavía no se podía dar todo por perdido; aún se podría reaccionar contra ese desconcierto inicial y adoptar las maniobras necesarias para dominar la situación. Desgraciadamente esa reacción decidida no se produjo.

Pronto acudieron al Capitolio también un grupo de destacados consulares, Cicerón entre ellos, a prestar su apoyo y su consejo a la causa de la libertad y a sus defensores. Las deliberaciones debieron de ser largas y apasionadas. Cicerón urgía la acción inmediata: «que se debía reunir al Senado, caldear más intensamente al pueblo, ya encendido en entusiasmo, tomar todo el gobierno en las manos» ¹. «Te acuerdas que aquel mismo primer día del Capitolio di voces diciendo que debían los pretores [Bruto y Casio] convocar al Senado en el

¹ *Att.* 15, 11, 2.

Capitolio? ¡Dioses inmortales, qué cosas se pudieron lograr entonces, ante el entusiasmo de los «buenos» ciudadanos y aun de los bastante «buenos» y el quebranto de los bandidos!»². La mayoría en cambio se inclinaba a tratar de llegar a un arreglo pacífico con M. Antonio, el cónsul colega de César, y aun proponían a Cicerón como uno de los más indicados intermediarios para las negociaciones. Cicerón desaconsejaba aquel paso como inútil y se negó a aceptar la mediación. «Les decía yo a nuestros Libertadores en el Capitolio, al desear ellos que me viese contigo y te exhortase a defender la República, que mientras tuvieses miedo, lo prometirías todo, pero que tan pronto como dejases de temer, volverías a ser lo que eras»³. Sin embargo se llevaron a cabo las negociaciones. Se invitaba a Antonio y a los principales partidarios de César a venir al Capitolio, para tratar de común acuerdo los planes para el gobierno de la República, y se les prometía que lo que hubiesen recibido de César, les quedaría debidamente garantizado. Antonio y los cesarianos en comunicación trataban de ganar tiempo y con un oportuno pretexto respondieron que darían la respuesta al día siguiente. Y los conspiradores se quedaron en el Capitolio esperando confiadamente aquel mañana que había de llegar demasiado tarde.

Entretanto los amigos de César, y Antonio especialmente, habían aprovechado mejor el tiempo y la inacción de los tiranicidas. También ellos, y ellos más que nadie naturalmente, habían quedado consternados con el asesinato de su jefe y amigo, pero fueron los primeros en reaccionar y tomar posiciones. Antonio había acompañado a César al Senado aquella mañana, pero le había entretenido a la entrada uno de los conjurados, el cesariano Trebonio, al tiempo del asesinato de César. No se le quería envolver en el tiranicidio; pero tampoco se quería que Antonio, cuya fuerza y valentía eran conocidas, pudiese acudir en defensa de César. Al saber el asesinato, arrojó el manto consular y echándose apresuradamente encima el

² *Att.* 14, 10, 1.

³ *Fil.* 2, 89.

vestido de uno de sus esclavos, huyó a su casa, que puso al punto en estado de defensa. Pero pronto reaccionó; a Antonio la lucha le enardecía y le trasformaba. Una parte de sus esclavos le matendría bien informado del curso de los acontecimientos, especialmente de los movimientos de los conjurados y de la reacción del pueblo; mientras otros iban a establecer contacto con los principales amigos y confidentes de César, que también andarían ocultos y amedrentados. Pronto estuvieron en estrecha comunicación toda aquella tarde memorable Antonio, Lépido, el Maestro de Caballería de César, Balbo, Hirtio y otros. Para cuando les llegó la embajada del Capitolio, habían visto seguramente sus propias posibilidades y echado sus planes; sólo era preciso entretener un poco más la inacción de los tiranicidas y ganar un poco más de tiempo precioso.

La noche del 15 al 16 de Marzo fué una noche de ansiedad y sobresalto. La alarmada población se trancó fuertemente en sus casas ante el temor de cualquier asalto. En el Capitolio los Libertadores parece se contentaron con esperar pacíficamente la llegada del nuevo día y con él la deseada respuesta de Antonio a sus conciliadoras proposiciones. En cambio los cesarianos habían estado aguardando a la noche para empezar a maniobrar. Antonio se dirigió a la casa de César e hizo que Calpurnia, la mujer de César, le entregase todos los papeles de estado del dictador y todo el dinero público que tenía, alrededor de 100 millones de sextercios, unos 125 millones de pesetas. Al mismo tiempo Lépido ordenaba a la tropa que tenía estacionada en la isla del Tiber trasladarse a la ciudad y ocupar en la madrugada del siguiente día el Foro y centro de Roma. Con esto ya tenían en sus manos los cesarianos el dinero, los papeles de César y el ejército, todo ese *instrumentum regni* de que nos habla despechado Cicerón ⁴.

Al llegar el nuevo día, 16 de Marzo, la situación era bien diferente del día anterior. La tónica nos la refleja el consejo de los cesarianos, celebrado seguramente en casa de Antonio,

⁴ *Brut.* 1, 15, 4.

y la contestación a la embajada del Capitolio. En la reunión Lépido insistió en que se debía atacar inmediatamente a los conjurados y vengar así la muerte de César. Lo mismo urgía algún otro, posiblemente Balbo, añadiendo que dejar el asesinato sin castigo sería un sacrilegio respecto a César y a la vez un peligro para todos los amigos del dictador. En cambio Hircio proponía más bien llegar a un arreglo pacífico con los tiranicidas. Y Antonio, contra lo que uno esperaría, se mostró también decididamente partidario de la moderación y de la paz, y su parecer fué el que prevaleció. Reflejo de esto fué la contestación dada a la embajada del Capitolio; llevaba un ofrecimiento de conciliación, pero en un tono de firmeza significativo. Empezaba recordando el juramento que todos los senadores habían prestado de defender la vida de César, una velada condenación del tiranicidio, y concluía remitiendo la conciliación deseada a la próxima reunión del Senado. Antonio, como Cicerón la tarde anterior en el Capitolio, hacía árbitro supremo de la contienda al Senado; pero iba a ser un Senado convocado y presidido por el cónsul, como debía ser, y no reunido en su ausencia y con su exclusión por los pretores Bruto y Casio, como urgía el orador. Todo marcharía por los cauces de la legalidad estricta, pero la iniciativa la llevaría Antonio.

Se ha consolidado el primer fracaso inicial de la conjuración. Se ha perdido la primera batalla, la batalla por la popularidad y por la iniciativa. En el Capitolio los tiranicidas están pasando de Libertadores a sitiados en medio de una ciudad desconfiada y hostil. El cónsul Antonio es el verdadero dueño de la situación. Sus soldados, apostados convenientemente por la ciudad, aseguran el orden; por disposición suya arden toda la noche hogueras en las bocacalles, para facilitar la vigilancia, y sus oficiales han ido comunicando a todos los senadores que acudan al día siguiente, 17 de Marzo, de madrugada a la sesión del Senado en el templo de Tellus.

Al fracaso popular del tiranicidio va a añadirse enseguida este tercer día el fracaso legal; al fracaso de hecho, el de derecho. No será tan dramático ni tan estrepitoso, pero no será menos efectivo y perjudicial.

La sesión del 17 de Marzo va a ser una de las memorables reuniones del Senado. Desde el amanecer todos los accesos al templo de Tellus estaban guardados por soldados veteranos, y en el Foro se hallaba apostado un destacamento de soldados de Lépido. No era un instrumento de terror, sino una necesaria medida de seguridad. La asistencia debió de ser plenaria, y la tensión indescriptible. Entre los asistentes figuraba también Cicerón, un poco a disgusto, no tanto por el despliegue de fuerza armada, como él dice, sino seguramente por ver que se les iba de las manos la iniciativa en la dirección de la República. Solamente había una ausencia que extrañaba, la de los tiranicidas. Algunos senadores exigieron su presencia en la asamblea, y Antonio accedió sin dificultad a ello; pero los Libertadores no quisieron abandonar el Capitolio. El cónsul presidente abrió el debate, requiriendo según el orden y fórmula tradicionales el parecer de cada senador *de re publica*, sobre la situación nacional. La situación nacional tenía dos nombres entonces, César y sus asesinos, la tiranía y los Libertadores. Comenzaron a hablar los consulares, optimates en su mayoría, y comenzaron por los Libertadores, que era lo urgente y lo que llevaban en el alma. Sus discursos fueron, como era de esperar, un repetido panegírico. Uno de los más destacados fué curiosamente el padre del futuro emperador Tiberio, Tib. Claudio Nerón, que propuso que se les debían decretar los merecidos honores. Pero no se podía pasarse al bando de los Libertadores sin tropezar con el cadáver ensangrentado de César. Y algún senador realista atajó los vuelos de la exaltación libertaria con la seca reflexión de que se hallaban colocados en la implacable alternativa de o tener que declarar a César tirano o si no, hacerles merced de la vida a sus asesinos por pura misericordia. La contestación fué tajante también: que se propusiese a votación del Senado un formal pronunciamiento sobre el régimen de César con un juramento previo de decir verdad. Este fué el momento que escogió Antonio para intervenir en el debate. Téngase en cuenta, recalcó el cónsul presidente, que si se declara a César tirano, su cadáver habrá de ser arrojado al Tíber, y todas sus disposiciones y leyes quedarán invalidadas. Esto, además del

tremendo trastorno que va a causar en todo el imperio, significa que los cargos de gobierno que estamos ocupando son una flagrante usurpación, porque la mayoría hemos sido nombrados por César. Si estamos dispuestos a renunciar a ellos y someterlos de nuevo al supremo arbitraje del Pueblo Romano, entonces podremos honradamente declarar a César usurpador y tirano. Las palabras de Antonio cayeron sobre el Senado como una verdadera explosión, tanto más efectiva, cuanto con más verdad y más realismo había dejado al descubierto el verdadero fondo de la situación. El revuelo que se armó en el Senado fué tremendo. Además de los cargos en función, unos meses antes de su muerte había nombrado César, en previsión de su proyectada campaña contra los partos, todos los principales cargos para los cinco años siguientes. Y los que no tenían ningún cargo, le debían seguramente al dictador su puesto en el Senado. Algunos, más exaltados o más confiados, reclamaban efectivamente elecciones populares libres y hasta hicieron apartosamente ademán de arrojar las insignias oficiales y abandonar sus puestos. Pero la gran mayoría no quería exponerse al resultado incierto de unas elecciones populares y gritaba que había que dejar las cosas como estaban. El más desaforado en defender el *statu quo* era ahora el cónsul adjunto Dolabela, el mismo que la tarde de los Idus de Marzo había renegado teatralmente de César en el Foro.

A la confusión del Senado iba a añadirse ahora la clamorosa intervención del pueblo romano. Para estas horas ya se había ido apiñando alrededor del templo de Tellus una gran multitud de gente. Las decisiones que tomase el Senado les interesaban a ellos también. Los más impacientes o más exaltados, cesarianos seguramente, llamaban a gritos a Antonio y a Lépido. No contentos con eso, les enviaron una comisión al Senado, reclamando su presencia fuera. También el pueblo romano tenía derecho a hacer oír su voz y sus íntimos deseos. Al parecer ellos, se alzó de la muchedumbre un doble clamoreo, exponente de una doble contraria preocupación y sentimiento: la mayoría pedía la paz, pero un buen grupo, sin duda el más exacerbado, clamaba venganza por la muerte de César. Antonio primero y luego Lépido trataron de apaciguarlos, ase-

gurándoles a los unos que también la paz era su principal deseo en aquel momento, aunque era ardua cosa afianzarla, y alabando a los otros por lo justo de sus sentimientos y lo deseable de su demanda, por más que no fuese fácilmente realizable.

Más de uno ha supuesto que todo este mitin fué amañado por Antonio, para presionar al Senado. Pero no se cae en la cuenta que Antonio entonces ni quería seguramente la violencia, ni menos estaba en posición de emplearla. Su postura era muy precaria todavía, y el único modo de afianzarla era por el camino de la más ejemplar legalidad. Además, el núcleo principal de esa multitud que se apretuja en torno al Senado no está formado por partidarios de César, sino por el pueblo ordinario de Roma, el pueblo que siempre odia las guerras y vive de la paz. Eso se ve en sus gritos; los que claman venganza son una minoría. Y las palabras de Antonio y Lépido están en armonía a la vez con su propia política y con las aspiraciones del pueblo sano: el reiterarles sus esfuerzos por conservar en lo posible esa paz deseada.

Vuelto Antonio al Senado, tomó de nuevo la palabra para cerrar el debate. Después de insistir de nuevo más ampliamente sobre los enormes inconvenientes de una declaración condenatoria del régimen de César, propuso un compromiso conciliador: la ratificación de las leyes y disposiciones de César, y un amplio perdón, sin alabanzas, que cederían en deshonor de César, pero sin recriminaciones tampoco, para los tiranizadas. En este espíritu de conciliación fué su anuncio a continuación de que quería dejar también a un lado resentimientos personales, y aceptaba en cumplimiento de la disposición de César como colega suyo consular a Dolabela. Entonces habló también Cicerón; no sabemos si había intervenido antes en el debate. Su discurso fué una gran exhortación a la reconciliación y al perdón por ambas partes, recordando el parecido momento histórico de Atenas a la caída de los Treinta Tiranos y proponiendo el modelo de la ejemplar amnistía de Trasíbulo justamente tres siglos y medio antes. Notemos de nuevo que es ésta la segunda vez en estos tres memorables días que el

parecer y la política de Antonio y Cicerón coinciden marcadamente.

Entretanto los Libertadores habían querido tal vez contrapesar la acción del Senado convocado y presidido por Antonio o dirigir por su lado la política. Convocaron un mitin del pueblo en el Capitolio, y de nuevo tuvo Marco Bruto un célebre discurso. Era la versión capitolina de la deseada conciliación. Estaba sin embargo concebida en un tono más partidista y con una finalidad más propagandística, que la serena declaración del Senado, tan alabada por un crítico tan poco parcial como Cicerón. La alocución de Bruto iba principalmente dirigida a los soldados veteranos de César, cuya actitud hostil empezaba a preocupar. Marco Bruto se esfuerza por desligar hábilmente la causa de César de los intereses de los veteranos. César fué un tirano desde el comienzo de la Guerra Civil hasta el día de su muerte. Pero sus soldados veteranos no han de ser alcanzados en la venganza; sus recompensas y sus tierras por los servicios prestados les serán debidamente aseguradas. Pero esto no había de gustar a los ricos arrendatarios de cuyas manos habían pasado las tierras del estado a ser propiedad de los soldados; y Bruto era tan optimista como republicano. Por eso se apresura a asegurar a los terratenientes que se les darán las debidas compensaciones por sus perjuicios. El discurso de Marco Bruto fué recibido naturalmente con grande aplauso.

El pueblo romano se sintió aliviado con las declaraciones del Senado y del Capitolio, y fué el primero en pedir a gritos que la reconciliación fuese efectiva e inmediata. Se apremiaba a los conspiradores a bajar al Foro; y Antonio y Lépido enviaron a sus propios hijos al Capitolio como garantía de su buena voluntad. La acogida dispensada a los tiranicidas en el Foro fué entre aclamaciones y aplausos, y cuando los cónsules intentaron hablar, no se los quiso oír hasta que no se diesen todos las manos en señal de reconciliación. Y para que la concordia fuese completa, por la tarde Lépido invitó a Bruto a un banquete en su casa, en la misma mesa donde tres días antes había cenado César por última vez, y Casio fué igualmente invitado por Antonio. Aquella noche durmió toda Ro-

ma libre de la horrible pesadilla de otra guerra civil que los tenía sobresaltados desde los Idus de Marzo.

Al día siguiente, 18 de Marzo, se reunió de nuevo el Senado. Esta vez acudieron también los conjurados. Para ellos y para Antonio tuvo el Senado un voto de agradecimiento y recomendación por la mutua reconciliación. A continuación se pasó a la consignación o tal vez a la confirmación de los nombramientos de César de los gobernadores de algunas provincias. Los principales beneficiarios fueron tres de los conjurados, Décimo Bruto, para la Galia Cisalpina, Trebonio para Asia y Tilio Cimber para Bitinia. En esta misma sesión probablemente, a propuesta del suegro de César, Calpurnio Pisón, decretó el Senado se diese publicidad al testamento de César y se le hiciera público funeral. Seguramente no les haría ninguna gracia la idea a los republicanos, pero era la lógica consecuencia de la reconciliación legal y sentimental de la víspera.

El regocijo era un poco prematuro. La concordia no había sido la paz, sino una tregua. En realidad había venido a refrendar el fracaso legal de la revolución. Se había matado a César, pero no se había podido declararle tirano y legalizar así el tiranicidio. Los Libertadores no habían podido lograr más que un perdón honroso y un olvido magnánimo. El régimen de César le había sobrevivido en sus amigos, y su voluntad seguía siendo ley.

El tercero y final fracaso de la liberación republicana lo iba a traer al sexto día de los Idus de Marzo el funeral de César. Con él quedaría definitivamente rota la efimera concordia y sellada la suerte de los tiranicidas. Sin embargo no parece que la propuesta encontrara particular resistencia en el Senado. En justa lógica no se le podía negar a César ese honor, ni podía nadie entonces sospechar las consecuencias que iba a traer. Los celos de Atico a que hace referencia Cicerón, *Meministine te clamare causam perisse, si funere elatus esset*⁵, no sabemos si fueron tan serios ni si reflejaban algún sector de la opinión.

⁵ *Att.* 14, 19, 1.

El funeral tuvo lugar seguramente el 20 de Marzo en el Campo Marcio, donde había sido cremado el cadáver de Sila y más tarde lo sería el de Augusto. Sus circunstancias y sobre todo la violenta reacción de la plebe son cosas de todos conocidas. Más nos importa por el momento tratar de esclarecer el carácter de la intervención de Antonio y su responsabilidad en los desmanes de la plebe. Suetonio ⁶ nos dice que Antonio en lugar de pronunciar un elogio fúnebre mandó a un heraldo que leyese los decretos del Senado con los honores tributados a César, y el juramento por el que todos se habían obligado a velar por su vida, añadiendo él al final unas breves palabras. En cambio los demás historiadores antiguos, Apiano ⁷, Plutarco ⁸, y Dión Casio ⁹ nos presentan un discurso más elaborado y dramático y de una demagogia provocadora. La reacción popular fué un efecto procurado y pretendido por Antonio. Por otro lado los pasajes de Cicerón alusivos a los funerales de César no son lo suficientemente claros y coherentes para dirimir la cuestión. La alusión más próxima a los hechos es una mera lamentación de lo ocurrido, sin que se le haga directamente responsable a Antonio. *At ille [César] etiam in foro combustus laudatusque miserabiliter, servique egentes in tecta nostra cum facibus immissi* ¹⁰. La primera y única imputación formal a Antonio la hallamos en la segunda *Filípica*; lo cual constituye una desventaja, dado el carácter abiertamente difamatorio del discurso. *Tua illa pulchra lautio, tua miseratio, tua cohortatio; tu, tu, inquam, illas faces incendisti et eas, quibus semustilatus ille est, et eas, quibus incensa L. Bellieni domus deflagavit. Tu illos impetus perditorum hominum et ex maxima parte servorum, quos nos vi manuque reppulimus, in nostras domos immisisti* ¹¹. Esto lo mismo puede ser un hecho que una imputación. Más aún, el

⁶ Suet. *Div. Iul.* 84, 2.

⁷ Apian. *Bel. Civ.* 2, 143-47.

⁸ Plut. *Ant.* 14; *Brut.* 20.

⁹ Dio. *Cas.* 44, 35, 4.

¹⁰ *Att.* 14, 10, 1. 19 Abril 44. a. C.

¹¹ *Fil.* 2, 91.

tono del *tu, tu, inquam...*, más corresponde a una imputación malévola, que a un hecho admitido y cierto. Este Antonio demagogo e incendiario no es el que nos pinta Cicerón en la primera *Filípica*. Allí no se alude al infortunado incidente del funeral de César; pero esto al fin podría razonablemente explicarse por el deseo de Cicerón de no herir a Antonio. Es que tampoco se compagina con su conducta ejemplar de entonces precisamente: *proximo* [17 Marzo], *altero, tertio, denique reliquis consecutis diebus, non intermittebas quasi donum aliquod cotidie afferre rei publicae*¹². Compárese día por día toda la conducta de Antonio allí referida con elogio¹³. A Antonio por lo demás no le convenía arriesgarse a una directa apelación a la violencia y al tumulto. No podía estar seguro de que el pueblo romano había de responder. Un par de días antes el público apiñado en torno al templo de Tellus y en el Foro había clamoreado por la paz y había recibido con desbordante júbilo y aclamaciones la reconciliación de Antonio y los tiranidas. El cambio de la legalidad le había dado a Antonio un gran resultado; el empleo de la violencia lo podía arruinar todo. La legalidad ha sido su pauta hasta ahora y lo seguirá siendo por algún tiempo aún. ¿Por qué iba a ser el funeral de César una excepción? Cicerón no señala el cambio fundamental de Antonio hasta unos meses más tarde, el primero de Junio: *Ecce enim Kalendis Iuniis, quibus ut adessemus edixerat, mutata omnia; nihil per Senatum, multa et magna per populum, et absente populo e invito*¹⁴. La reacción popular por otro lado se explica suficientemente por la fundamental simpatía de César entre el pueblo, por las circunstancias patéticas de su muerte y la deslealtad de los asesinos, y sobre todo eso la sorprendente esplendidez del testamento de César. Antonio no necesitó hacer más que el sobrio elogio como «de un cónsul por otro cónsul, de un amigo por otro amigo, de un pariente por

¹² *Fil.* 1, 32.

¹³ *Fil.* 1, 2-5, 31-33.

¹⁴ *Ibid.* 6.

otro pariente»¹⁵. El asombro y conmoción de la plebe, unidos al impresionante espectáculo de la gigantesca pira y del desfile fúnebre, y empujados sin duda por la exaltación de algunos soldados veteranos quizá, los que un par de días antes pedían venganza ante las puertas del Senado, se desbordó en represalias tumultuosas contra los tiranicidas, que tampoco conviene exagerar indebidamente.

El funeral de César, seguido de la reacción popular vengadora, señala el definitivo fracaso de la liberación, cinco días tan sólo después de la muerte del dictador y un par de días después de la dramática conciliación en el Foro. Desde hoy desaparecen ocultamente de Roma todos los Libertadores, y con su presencia se esfuma la sombra de su influjo y el amparo que podría prestar a la causa republicana. Su marcha determina también la innibición y el absentismo de los más autorizados puntales del viejo régimen. El mejor ejemplo nos lo ofrece Cicerón. De su alejamiento de Roma y de la política se han beneficiado grandemente la literatura y la historia romana, pero sufrió una pérdida irreparable la república. Es la repetición de la táctica de desdeñoso anticolaboracionismo empleada ya contra César. Con ello Antonio, igual que antes César, tendría las manos mucho más libres, y no las iba a tener ociosas mucho tiempo.

La conjuración libertadora había fracasado en toda la extensión. Como tiranicidio, la muerte de César ha sido el más trágicamente inútil de la historia. Nadie lo ha lamentado tan amargamente como Cicerón. *O mi Attice, vereor ne nobis Idus Martiae nihil dederint praeter laetitiam et odi poenam ac doloris!*¹⁶ *O di boni! vivit tyrannis, tyrannus occidit. Eius interfecti morte laetamur, cuius facta defendimus!*¹⁷.

Para Cicerón el fracaso se debió en primer lugar al hecho de haber dejado con vida a Antonio, a quien se debía haber quitado de en medio como a César: *Vellem Idibus Martiis me*

¹⁵ Apian. *Bel. Civ.* 2, 143.

¹⁶ *Att.* 14, 12, 1.

¹⁷ *Att.* 14, 9, 2.

*ad cenam invitasses; reliquiarum nihil fuisset. Nunc me reliquiae vestrae exercent et quidem praeter ceteros me hercule!*¹⁸. Pero esto tiene todas las trazas de ser una reflexión dictada por la experiencia de los acontecimientos bastante posteriores a la muerte de César. De todas formas es una ocurrencia un poco desatinada, disculpable sólo por su creciente enemistad con Antonio. El asesinato de Antonio le habría quitado al golpe de los Idus de Marzo toda posible justificación. Los conjurados querían ser tiranicidas y no asesinos. La muerte de César podría quedar justificada como la muerte de un tirano; pero la de Antonio no tendría fácil justificación. No se le podría matar como a colaborador y beneficiario de la tiranía, porque eso lo habían sido en buena parte ellos mismos. Se aspiraba a salvar la República noblemente, sin verter más sangre que la del tirano.

Se debió además el fracaso principalmente a la falta de resolución de los conjurados, encastillados en su Capitolio, *illam sessionem Capitolinam*¹⁹, y en particular a su indecisión en convocar inmediatamente el Senado allí mismo; *Meministine me clamare illo ipso primo Capitolino die debere Senatium in Capitolium a praetoribus vocari? Di immortales! quae tum opera effici potuerunt, laetantibus omnibus bonis, etiam sat bonis fractis latronibus*²⁰. En cambio se perdió lastimosamente el tiempo en negociaciones con Antonio. Era urgente evidentemente refrendar legalmente el golpe de mano y legitimar el tiranicidio, y al mismo tiempo tomar al punto el gobierno y volverlo a los cauces republicanos tradicionales. Es dudoso sin embargo que se hubiese podido llegar muy lejos por ese camino. Se le habría declarado a César tirano, pero no se habría podido invalidar sus leyes ni deshacer su obra gubernativa. No se podría por tanto haber prescindido del cónsul Antonio y de los demás cesarianos del gobierno. Vendría a ser por consiguiente esa proyectada reunión capitolina del Senado bas-

¹⁸ *Fam.* 12, 4, 1.

¹⁹ *Att.* 14, 14, 2.

²⁰ *Att.* 14, 10, 1.

tante parecida esencialmente a la sesión presidida por Antonio dos días más tarde, y la decisión política resultante no sería radicalmente muy diferente del régimen de convivencia y contemporalización que siguió de hecho inmediatamente a los Idus de Marzo. Tendría que haberse llegado forzosamente a un régimen de compromiso y conciliación, precario y caduco seguramente.

Lo que no admite desgraciadamente duda es que nada de esto previeron los flamantes Libertadores. Lo fiaron todo al valor de su mano, y lo que les falló luego fué la cabeza. *Acta enim illa res est animo virili, consilio puerili*²¹. El plan de los Libertadores era tan simple como sus ideas. Creían que el origen de todos los males de la república era César, y que muerto él, desaparecería el mal; creían igualmente que el Pueblo Romano pensaba como ellos, y que bastaría agitar el puñal tiranocida y aclamar a la libertad, para que Roma entera se hiciera jubilosa eco de la liberación. Y con la libertad volvería el régimen del Senado y la vieja preponderancia de la nobleza. Todo sencillo y fácil. Por eso les desconcertó tanto la frialdad y recelo con que respondió el Pueblo Romano. Al desconcierto siguió la indecisión, y al fallo de la cooperación popular siguió muy pronto el fracaso legal. Y a los pocos días los que se habían imaginado ser los Brutos de la nueva república renacida se habían convertido en desterrados virtuales.

El fracaso de la restauración republicana tiene raíces más hondas; fué el resultado combinado de la falta de convicción de los conjurados y del fallo del ideario republicano.

Siempre se ha mirado a los asesinos de César como a republicanos, desaconsejados quizá, pero genuinos. Se ha censurado la simpleza de su plan y la torpeza de su desconcierto, y aun quizá se repudiará en absoluto su acción tiranocida; pero no se ha puesto en duda nunca su fundamental republicanismo. Todos eran republicanos: unos de más o menos arraigo y convencimiento, y otros de más o menos reciente y de más

²¹ *Att.* 14, 21, 3.

o menos interesada conversión. Hay con todo buenos motivos para dudar de la sinceridad de su ideal republicano.

El régimen de César no había acabado con el republicanismo; al contrario en buena parte lo había exacerbado. Había un buen sector de los vencidos reconciliados por su clemencia, pero enojados por su autocracia; reconocían la grandeza del hombre, pero abominaban de su régimen de gobierno. Estos eran los viejos republicanos, los *consulares*, tradicionales directores de la política romana, *auctores publici consilii*²². Y éstos no se hallaban representados en la conjuración. Son los primeros naturalmente en acudir al Capitolio a asistir con su autoridad a los Libertadores, pero no habían tomado parte en el complot ni seguramente habían sido consultados. Precisamente esa su calidad de neutrales los hacía los naturales intermediarios entre los tiranicidas y Antonio. Los viejos optimates eran ya escasos en número y en influencia; la guerra había diezmado sus filas y su prestigio. Sólo había quedado un grupo escaso de moderados o retirados de la política. Cicerón más adelante en su lucha contra Antonio se quejará repetidamente de su apatía²³. No eran, pues, los elementos más a propósito para un golpe de mano audaz. Este fué preparado y llevado a cabo por un grupo de gente más joven y decidida, por gente no muy significada, si exceptuamos a Marco Bruto sobre todo y a algunos otros. No es la generación formada al lado de los optimates de las pasadas décadas, si exceptuamos a M. Bruto, sino la generación formada en la guerra y con la guerra promovida a cierta prominencia. Proceden generalmente del cuerpo de oficiales de los caudillos de la guerra civil, y de César principalmente. Más que educados en la tradición senatorial y optimata, habían sido formados en la dura escuela de la guerra y de la guerra civil. No deja de ser significativo que el único auténtico optimata, Marco Bruto, el discípulo y pariente de Catón, y copia de sus virtudes y defectos, fuese ganado para la causa de la revolución gradualmente.

²² *Fam.* 12, 2, 2.

²³ *Fil.* 8, 22; *Fam.* 12, 4, 2; 10, 28, 3.

No reconocemos los móviles ni el programa de los conjurados; sólo sabemos el significado que después se le ha querido dar de liberación republicana. Lo poco que conocemos muestra que hubo miras bien interesadas y personales. Tampoco conocemos la filiación ni aun los nombres de la mayoría de los conjurados. Es otro indicio de que lo que interesó después fué el hecho del asesinato de César y la pretendida vuelta a la libertad; los autores eran los instrumentos que se arroja a un lado luego de concluída la obra. Pero parece seguro que la mayoría eran cesarianos descontentos, y los otros pompeyanos reconciliados con César.

Fuesen o no intenciones republicanas, si querían deshacerse de César, tenía que ser bajo el señuelo republicano; de lo contrario la revolución llevaría el estigma del asesinato y estaría condenada al fracaso. La única bandera que podría atraerles adeptos era el enarbolar el pendón de la libertad. Era también el lado más atacable del ejemplar por lo demás régimen de César: su despreocupado arrinconamiento de la maquinaria legal republicana.

Ya había sido precedido oportunamente el tiranicidio de una campaña propagandística hábilmente llevada; se pretendía presentar a César como un verdadero «rey», palabra que en Roma era equivalente a tirano. Se habían aprovechado momentos de exaltación popular, como al regresar César de los Festivales Latinos, para lanzar de entre la multitud aclamaciones odiosas de rey. Al mismo tiempo se le ponía una diadema regia a sus estatuas. Al hacerse público el propósito de César de marchar a la guerra contra los Partos, se hizo correr por Roma la profecía de los Libros Sibilinos de que los Partos no podrían ser vencidos sino por un rey. Dos Libros Sibilinos habían desaparecido en el incidente del Capitolio el 83 a. C. Pero esto no impedía que se acudiese a semejantes supuestas profecías. Ya Catón algunos años antes había empleado un oráculo sibilino, para impedir que se diese a Pompeyo el encargo de marchar a Egipto a instalar al nuevo Ptolomeo. Para contrarrestar seguramente esta insidiosa propaganda, ideó César el célebre incidente del ofrecimiento de la corona en las

Fiestas Lupercales, como un solemne mentís a los difamantes rumores de sus intenciones dinásticas.

Pero ni la propaganda ni el tiranicidio consiguieron entusiasmar al pueblo romano ni aun siquiera al mismo Senado con la restauración republicana. La renacida libertad se encontró con una hosca y atemorizada acogida desconcertante. Los idearios y sistemas políticos están expuestos al peligro de quedar con frecuencia cortos, como los vestidos. Roma había cambiado notablemente a la vuelta de una guerra civil tan decisiva y de un régimen tan avanzado como el de César. Y ahora venían los Libertadores a ofrecerles la vuelta a un sistema un poco gastado y deslustrado. En rigor era el sistema que había llevado a la guerra civil y en ella había quedado vencido y desprestigiado.

El Senado que vió caer asesinado a César era bien distinto del de las décadas precedentes. Aquel Senado había en buena parte desaparecido, diezmado por la guerra civil y el alejamiento de los antiguos optimates supervivientes. La nueva cámara estaba en gran parte formada por hechuras del dictador. A la diferencia de composición se había añadido la diferencia de número; ya Sila había doblado el número de senadores, 600 en total, y ahora César había elevado esa cifra a 900. No hay que creer sin embargo que el Senado cesariano estaba formado por incondicionales de César, y menos aún por gente poco digna, como quieren hacernos creer los antiguos historiadores. La difamación ha sido siempre el arma socorrida de la oposición y del descontento político. Lo peor es que lo que empieza por ser maliciosa desfiguración de los hechos entre los contemporáneos, pasa luego a los historiadores inmediatos como un hecho incontrastable. Ya de Sila se había dicho que había sacado sus nuevos senadores *ex gregariis militibus* ²⁴. Los senadores de César están todavía más pintorescamente descritos. Cicerón los describe con cierto despecho como *colluvies* ²⁵, como *nékuia* ²⁶, las infernales apa-

²⁴ Sal. Cat. 37.

²⁵ Att. 9, 10, 7.

²⁶ Ibid. 9, 18, 2.

riciones de Ulises. Se decía que entre ellos había centuriones, soldados, escribas y libertos, junto con incultos provincianos de las Galias, de España. Sobre estos senadores provincianos se comentaba con gracia que los Galos habían cambiado sus bragas nacionales por el ancho clavo senatorio. Los autores antiguos no han sabido apreciar la broma y nos la han convertido en historia. César era algo mejor gobernante que todo eso. No supo o no quiso utilizar el Senado como órgano de gobierno, pero lo empleó con acierto como instrumento de política y de influencia. El gobierno romano había sido siempre muy «local», y esta mentalidad estrecha no correspondía a la capital de un imperio. Tal vez no tuvo César nunca una visión imperial del gobierno, una política de compenetración de Roma y de sus provincias; pero comprendió ciertamente la conveniencia de atraer a su causa y a su política elementos influyentes de las provincias, especialmente de Italia. Ya se ve que en un Senado así integrado y emancipado de la influencia y prejuicios optimates no había de provocar mucho entusiasmo el asesinato de César y las proclamas de los tiranizadas.

Y menos entusiasmo había de esperarse del pueblo romano todavía. Ya hacía tiempo que la palabra libertad y república venían perteneciendo a un vocabulario usado preferentemente por la nobleza, y con frecuencia para defender sus privilegios de clase. La tragedia de la República estaba en que había muerto a manos de los más interesados en conservarla. La nobleza había venido convirtiendo al Senado de suprema encarnación de la República en instrumento de dominación. Las fatales consecuencias de esto habían de evidenciarse en las dos grandes crisis del último siglo de la República. La cuestión agraria con los Gracos trajo el inevitable resultado de la excisión y hostilidad del Senado y del pueblo romano. Los Optimates habían hecho del Senado un arma legal para defender sus intereses; y el pueblo iba a responderles adecuadamente con otra arma también constitucional, pero mucho más mortífera, el tribunado de la plebe. Vino luego la crisis militar, y con ella se atrajo la nobleza y su Senado por su torpeza las iras mucho más temibles de los caudillos militares y sus ejér-

citios. Las guerras demostraron la ineptitud del sistema militar tradicional; no todo cónsul o pretor iba a ser buen general. Y las guerras impusieron generales de dotes militares. Pero el mando militar seguía constitucionalmente unido a las magistraturas, prerrogativa de la nobleza. Esto tenía que traer la colisión de los victoriosos generales con los nobles; los políticos se venían a convertir en los oponentes de los generales, y éstos o se apoyaban en el pueblo para obtener cargos y mandos militares o tendrían que apelar a las armas. Esta fué la tragedia de Pompeyo y de César. Con esto la República había perdido en buena parte el apoyo popular y la protección de su ejército. ¿Qué le quedaba? A la República no la mató la guerra civil; ya la encontró muerta. Y esta era la República que trataban de evocar ahora los Libertadores, y al precio de la vida de César. No es extraño que la idea no hallase mucho entusiasmo en el pueblo romano.

Hemos dicho al principio que los Idus de Marzo del 44 a. C., junto con el fracaso de la República y de sus restauradores, señalan también sangrientamente el fracaso del régimen y política de César.

César y fracaso parecen palabras poco compaginables; inconveniente de haberle presentado frecuentemente como a una especie de superhombre. Pero el fracaso político de César es un hecho bien atestiguado desgraciadamente. Se trata, mejor dicho, de un doble fracaso: un fracaso externo y ruidoso, su asesinato y sus circunstancias, y un fracaso más hondo, pero menos perceptible, el fracaso de su política.

César fué asesinado como tirano, y sus asesinos pudieron presentarse ante Roma con la frente erguida y aureoleada de gloria; sus partidarios y simpatizantes los aclamaron como libertadores, y sus mismos enemigos los trataron siempre con respeto y deferencia. Más aún, los tiranicidas procedían en gran parte de los partidarios de César o eran beneficiarios de su régimen; y sin embargo, ni la amistad y los beneficios les habían atado antes las manos, ni la ingratitud y deslealtad le quitaron después gloria al tiranicidio. He aquí un trágico fracaso de la amistad y de la clemencia de César. Cesarianos y cesarianos bien destacados y favorecidos eran Décimo Bruto, su

legado en ambas guerras, gobernador después de la Galia Transalpina del 48 al 46 a. C., y por último uno de los herederos nombrados en su testamento; Cayo Trebonio, el amigo y recomendado de Cicerón, legado de César en la guerra también, pretor el 49 a. C. y *consul suffectus* el 45. Cesarianos eran también Minucio Basilo, Publio y Cayo Servilio Casca, Tilio Cimber y los más de los conjurados²⁷. Especialmente distinguidos de César habían sido los antiguos pompeyanos M. Bruto y C. Casio. Bruto había sido perdonado generosamente después de Farsalia y nombrado luego el 46 a. C., gobernador de la Galia Cisalpina y era pretor urbano al tiempo de la conjuración. C. Casio, perdonado igualmente por César, era también pretor peregrino el 44 a. C. Entre los asesinos figuraba también Q. Ligario, el pertinaz pompeyano perdonado por César gracias a la elocuente y hábil intercesión de Cicerón.

Ante estos hechos guardémonos de explicaciones demasiado simplistas. Si César no ha sido simplemente el tirano, y los conjurados no han sido los tiranicidas, tampoco ha sido César el mártir político, y los conjurados sus asesinos. Habrá habido de todo: César fué un autócrata poco hábil para hacer aceptable su gobierno, y los conjurados, unos descontentos políticos con ciertos títulos para proclamarse libertadores. Una confirmación bien aleccionadora es el caso de Cicerón. Nadie ha estado menos influido por el apasionamiento político que llevó a la guerra civil, ni nadie ha reconocido como él toda la grandeza y mérito de César; y sin embargo Cicerón ha sido el más ferviente panegirista del asesinato con un lenguaje casi hasta sanguinario a veces. ¿Cómo llegó a hacerse César tan odioso?

La muerte de César fué una tragedia de la que él fué víctima y fué también en buena parte responsable; fué la prueba sangrienta de un fracaso de su política. Tenemos inequívocas señales de ello. Es César el primero en admitirlo con un cierto dejo de amargura. Un día en que Cicerón había ido a verle por un asunto y había tenido que estar aguardando en la antesala a que César le llamase, comentaba después éste con su

²⁷ Sen. *De ira* 3, 30.

amigo C. Mattio: *Ego dubitem quin summo in odio sim, cum M. Cicero sedeat nec suo commodo me convenire possit? Atqui si quisquam est facilis, hic est, tamen non dubito quin me male oderit*²⁸. Todavía es mucho más revelador el juicio del mismo Mattio, el amigo más sincero quizá que tuvo César. Mattio compara la situación creada por la muerte de César con su gobierno con la conocida y significativa frase: *Etenim si ille tali ingenio exitum non reperiebat, quis nunc reperiet?*²⁹ César no encontraba salida en aquel atolladero político. Mejor dicho, ideó una salida no muy airosa. La planeada expedición contra los Partos no era seguramente más que un recurso para librarse de los enredos del gobierno de Roma. Semejante campaña militar ni era necesaria, ni seguramente conveniente; los Partos no amenabazan ni habían de amenazar nunca las fronteras del imperio romano, y podían ser enemigos muy peligrosos, como lo demostraba la infortunada expedición de Craso y pronto lo había de confirmar la desastrada campaña de Antonio. El motivo plausible era el vengar el desastre de Carras y restaurar el honor de Roma en Asia. César añoraba sin duda la veneración de sus legiones y la gloria de las conquistas. Como a Pompeyo años antes, la mezquina política de Roma le ahogaba y le empequeñecía. Y tal vez su ausencia descargase un poco el ambiente hostil de Roma.

Entre las causas del fracaso relativo del régimen de César, hay unas que le honran. Una ha sido su clemencia sin precedentes. Sila había perseguido a sus enemigos; César prefirió reconciliárselos, pero no lo logró. La culpa no fué toda suya; él los había vencido y perdonado, pero ellos no le perdonaron nunca el haberles vencido. Los herederos de la política y régimen de César, los segundos triunviros, habían de aprender bien la lección. Otra causa de su fracaso que le honra fué la ausencia de partidismo en su gobierno. Esto, sobre el resentimiento de sus enemigos, había de acarrearle el descontento de sus propios partidarios. Los más ofendidos, por sentirse más defrau-

²⁸ *Att.* 14, 1, 2.

²⁹ *Att.* 14, 1, 1.

dados, fueron precisamente algunos de sus destacados colaboradores. Es fácil que entre los conjurados hubiese bastantes de éstos; de algunos nos consta expresamente. Muchos habían esperado que se repetirían las proscripciones y con ellas el asalto a los bienes de los vencidos; y entre el ejército de César había más de un célebre arruinado. Son bien típicos los propósitos y desmanes de Celio y Dolabela. Hasta al mismo Antonio le tentaban un poco los bienes de los pompeyanos. Pero César estaba decidido a gobernar a Roma y no entregarla a la rapiña de muchos de sus partidarios. También a sus soldados tuvo César que refrenarlos. Aun en vísperas de la campaña de Africa reprimió dramáticamente la peligrosa insubordinación de las legiones, negándose a acceder a sus quejas y demandas, y decidido a licenciarlas allí mismo, si no se hubiesen humillado e implorado patéticamente su clemencia. César había sido siempre genuinamente un popular en política, y su victoria podía considerarse como el triunfo de la causa popular contra la nobleza. Sin embargo no se puso a cortejar la popularidad a costa de concesiones indebidas. Al contrario, redujo en una mitad el número de los que recibían gratuitamente trigo del Estado; no accedió sino con dificultad a cierta mitigación de las deudas, seguramente bien justificada por la situación económica creada por la guerra. Todo esto, lo mismo que su múltiple legislación, no merecen sino elogios, tanto mayores cuanto menos reconocidos fueron de sus contemporáneos.

Pero la política de César ha tenido graves fallos. La comparación entre César y Augusto es inevitable, pero es inexacta. La hábil política que admiramos en Augusto le costó muchos años de rudo aprendizaje y de serios fracasos. César en cambio no pudo dedicar al gobierno de Roma más que el tiempo que le dejaron libre sus campañas; el intervalo más largo de su estancia en Roma fué el que precedió a su muerte, y escasamente llegó a medio año. Sin embargo Augusto no comenzó bajo tan propicios augurios como César; él empezó como un tirano, pero terminó como *Princeps civitatis*. César por el contrario empezó como pacificador y murió asesinado como vil tirano; inició su régimen con el perdón y la concordia, pero fué per-

diendo simpatía, prestigio y colaboración. El fallo político de César consistió principalmente en su falta de habilidad para buscarse amplia colaboración y en el atuendo «tiránico de su gobierno.

No sabemos lo que pretendía ser César; no sabemos si aspiraba a fundar una monarquía de tipo helenístico o un principado como había de ser el de Augusto. Es bien fácil que ni el mismo César lo supiera. Lo que es cierto es que no quería basar su gobierno personal sobre la persecución y la fuerza; quiso ser un auténtico caudillo. Le faltó sin embargo la cualidad esencial del caudillaje político, que consiste paradójicamente, no en la capacidad de dirigir y mandar, sino en la capacidad de atraer cooperación. Precisamente lo que había sido en gran parte el secreto de sus éxitos militares y de la invencibilidad de su ejército: la inteligente compenetración de sus mandos y sus tácticas, y la fidelidad segura de sus legiones. César no supo hallar la amplia base de apoyo y la colaboración necesaria para la consolidación de su gobierno. En esto le superó su heredero y sucesor; y eso que César tenía más grandes cualidades como hombre, como guerrero y como estadista.

La deseada colaboración tendría que venirle principalmente de los viejos políticos, representantes del régimen tradicional. Pero una doble incompatibilidad la dificultaba: una incompatibilidad de principios y gustos, y una incompatibilidad nacida de la situación política. Los republicanos no podían concebir un régimen legal de Roma sin libre funcionamiento del Senado, comicios y elecciones. La experiencia de César no era como para inspirarle mucho aprecio de tal régimen ni mucha confianza en su eficacia como gobierno. Existía además una seria dificultad de acoplamiento entre el régimen republicano tradicional y la dictadura que la guerra y la pacificación habían hecho imprescindible. El deseo de los republicanos era que César imitase a Sila y renunciase a la dictadura y a todo régimen de excepción, una vez terminada la reforma del Estado. Pero César estaba persuadido de que Sila había demostrado no saber los rudimentos de la política, al renunciar a la dic-

tadura ³⁰, y no quería que su régimen corriese la suerte de la reforma de Sila, que había empezado a desmoronarse a la muerte del dictador. La única solución viable era un compromiso obligado: la conservación de la fachada constitucional republicana, para encubrir el fondo dictatorial. Lo malo fué que César no tuvo la suficiente habilidad y malicia para manejar el tinglado constitucional sin que apareciesen demasiado burdamente las cuerdas dictatoriales.

Las instituciones y las magistraturas continuaron en su ser y en sus funciones. Durante las ausencias de César eran ellas los órganos normales del gobierno y con la independencia en buena parte de la antigua república, como aparece en los episodios de las rivalidades de Celio y Trebonio el 49-48 a. C., y de Antonio y Dolabela el 48 y el 45 a. C. Y es de suponer que la misma relativa autonomía habrían de gozar durante la próxima larga ausencia de César por su campaña de Oriente. Sólo cuando César se halla en Roma, se nota cierta marcada ingerencia del dictador en el funcionamiento de esas instituciones republicanas, con el intento poco afortunado de convertirlas en instrumento de su política y evitar oposición entorpecedora. César había sido el defensor constante del tribunado de la plebe, y hasta había pretendido darle a su entrada en la guerra civil el carácter de defensa de los derechos sacrosantos de los tribunos. Pero también conocía muy bien que podían ser un arma peligrosa contra su gobierno. De hecho la única positiva obstrucción que halló alguna vez a su gobierno procedió de algunos tributos de la plebe; y no se le ocurrió mejor medio contra ellos, que hacer que otro tribuno presentase al pueblo una ley autorizando su deposición. El mismo compromiso poco logrado aparece en las relaciones entre César y el Senado; no se le podía devolver la antigua autonomía, ni se le podía arrinconar enteramente, mientras siguiese siendo el organismo más prestigioso del Pueblo Romano ante el imperio sobre todo. Apenas tenemos datos de su actividad gubernativa bajo César; los únicos que conocemos se refieren al uso arbitrario que hace a veces el dictador de él. Otro tanto sucede

³⁰ Suet. *Div. Iul.* 77.

con las asambleas y elecciones. Los primeros años nombraba César todas las magistraturas, excepto las plebeyas, que eran elegidas por los comicios; el 46 a. C., le concede el Senado el privilegio de nombrarlas todas, el año antes de su muerte nombraba César una parte de los magistrados y otra parte quedaba a elección popular, pero encargándose él de indicar los candidatos más recomendables.

Toda esta mediatización de los órganos gubernativos tenía que exacerbar los sentimientos republicanos. Pero no hay que echarle toda la culpa a César; una buena parte les corresponde también a los mismos republicanos. Los viejos senadores adoptaron desde un principio una posición de resistencia pasiva. El mejor ejemplo nos lo ofrece el más noble representante del republicanismo, Cicerón. Ya desde el comienzo de la Guerra Civil había tratado César de ganárselo para su causa y poder servirse de su consejo y prestigio. Era la táctica que ya había empleado al comienzo mismo del triunvirato. Cicerón se negó a aceptar el ofrecimiento. Su actitud reservada estaba justificada entonces; el resultado de la guerra era todavía incierto, y la honorabilidad de cualquiera de las dos causas discutible. Después de la guerra y del triunfo de César persistió igualmente Cicerón en su displicente absentismo, posición vieja en él cuando la política no iba a su gusto, a todo lo largo del régimen de César. Con ello se veía éste obligado a confiar cada vez más exclusivamente en sus partidarios más fieles y en sí mismo, como ya le había prevenido un poco despechadamente a Cicerón al comienzo de la guerra: *si sibi consiliis nostris uti non liceret, usurum quorum posset ad omniaque esse descensurum*³¹.

Esta incompatibilidad radical entre el régimen de César y el viejo sistema republicano se fué haciendo más honda a medida que la autocracia de César se iba revistiendo de un atuendo «monárquico». Tantos honores, prerogativas, poderes y dictaduras no podían menos de robustecer la impresión de que buscaba la perpetuación de sus régimen personal y de exacerbar con ello los sentimientos constitucionalistas de muchos romanos.

³¹ *Att.* 9, 18, 3.

Cada uno de esos privilegios y poderes podría tener precedentes y justificantes, pero en su conjunto convertían a César en un rey de hecho y a su gobierno en una monarquía, sostenida sobre la fuerza, la excepción y la adulación. Su muerte por tanto podría presentarse a los ojos de muchos con todos los rasgos y honores de un auténtico tiranicidio.

He aquí la tragedia honda del régimen de César, tragedia evidencia, no creada, por su muerte sangrienta. En ella hubo dos víctimas, alcanzadas del mismo golpe asesino, el ideal político de César y la restauración republicana; y el asesino no fué el puñal de los conjurados, sino la intransigencia e incomprensión mutua de dos mentalidades y dos concepciones, puestas ambas genuinamente al servicio de la patria Roma y conjuradas por falta de mutuo entendimiento para su destrucción: la muerte de César es la victoria y la muerte de la libertad.

S. RODRIGUEZ BRASA, S. J.